

EL GLAN DE LAS BARRIES



ANTÍA YÁÑEZ

ANTÍA
YÁÑEZ

El clan
de las barbies

Título original: *O clan das barbies*

Logo de la clínica: © Miranda García

Imagen del Niño Jesús: imagen de dominio público Creative Commons extraída de Wikipedia

Diseño de colección: Estudio Sandra Dios

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



Copyright © Antía Yañez, 2024

Derechos negociados a través de Asterisc Agents

© Contraluz (GRUPO ANAYA, S. A.)

Madrid, 2024

Calle Valentín Beato, 21

28037 Madrid

www.contraluzeditorial.es

ISBN: 978-84-19822-34-5

Depósito legal: M. 13.637-2024

Printed in Spain

*A todas esas mujeres cabreadas,
y a los hombres que entienden por qué lo estamos*

Toda a nosa historia está feita con sangue.
Fillas de Cassandra.
I. Antígona

A las mujeres las queremos sobre
todo cuando están en peligro.
Virginie Despentes,
Teoría King Kong

I killed Scheherazade with the hands of
every Barbie doll polluting the mind
of every little girl in every city around the world.
Joumana Haddad.
I killed Scheherazade. Confessions of an Angry Arab Woman

Subrogar**verbo transitivo**

1. Derecho Sustituir [una persona o cosa] en una relación jurídica.

Decidieron subrogar la hipoteca.

2. Gestar [una persona] mediante el alquiler de un vientre.

Juan y Ana subrogaron a su hijo por culpa del cáncer de ovarios que esta padeció el año pasado.

verbo pronominal

3. Derecho Sustituir en una obligación o derecho a la persona que los tiene anteriormente.

Requirieron a los herederos para que ejerzan su derecho a subrogarse en la titularidad de la concesión administrativa.

- 2057-10-04 11:20:32 Se añadió la acepción 2

Anastasia

El descampado detrás del bloque de apartamentos es su lugar más-favorito del mundo. El suelo reseco con la hierba amarillenta, los neumáticos negros como decoración, el olor a descomposición o a metal según sople el viento. No conoce un sitio mejor. Además, casi siempre está vacío. Eso es lo que más le gusta de todo: estar a solas consigo mismo.

Es demasiado pequeño para saber que eso de las preferencias se basa en las comparaciones. Escoger la opción menos mala. Para él, todas son malas. Pero eso tampoco lo sabe aún.

El sitio más-peor del mundo mundial, como él dice, es el minúsculo apartamento del bloque X, piso 54F. Donde vive con mamá.

Anastasia, mira. Anastasia, presta atención. Anastasia, haz. Anastasia, así no. Anastasia, tonta. Anastasia, inútil. Anastasia, idiota.

No son las palabrotas y las órdenes de mamá lo que más le molesta. Es ese *Anastasia, Anastasia, Anastasia* perpetuo. Su madre insiste en que es su nombre porque se lo puso ella. Dice que las cosas funcionan de esa manera,

que la vida es así y que no debe malgastar energías en cambiar nada, porque muchas personas ya lo han intentado antes y todas, absolutamente todas, han fracasado. Dice el *absolutamente* con convicción, una verdad que no admite réplica y que ya va siendo hora de que entienda. Las madres ponen nombre a los bebés, los ricos mandan y la gente como ellos no debe malgastar energías en buscar utopías imposibles, que tal y como está la vida bastante tienen con llegar al día siguiente.

Cuando encienden la holoTV para ver el boletín diario, porque a mamá le encanta la televisión y nunca se pierde el parte, la mujer disfruta burlándose de toda esa gente que ve en las calles de la ciudad que ellos nunca pisan, a pesar de vivir en su extrarradio, el más alejado del centro. Se ríe con un gesto de desprecio y superioridad, sabiéndose rodeada de estúpidos, incluido él. *¿Ves, Anastasia? Cuánto mejor les iría a toda esa panda de vagos y delincuentes si en lugar de estar ahí perdiendo el tiempo lo invirtiesen en trabajar, como yo.* Y se acaricia el abultado vientre, que según la época varía en tamaño desde un balón de baloncesto hasta simplemente una pedazo de carne que sobresale por encima del pantalón elástico, que rara vez se quita. Una masa blanda que nunca volverá a su sitio después de tanto hincha-deshincha.

Si tuviese algún amigo, le explicaría que mamá está equivocada. Que la vida no es como ella dice, ni él se llama Anastasia ni quiere observar a las personas en las calles desde el soporte holográfico. La gente, no sabe por qué, lo atrae y le da miedo a partes iguales. Como mamá. Supone que es debido a que no sabe nada de esa vida que

tiene que vivir, quiera o no. *Qué sabrás tú de la vida*, le dice mamá desde el sofá muchas veces. *Yo viví la Caída de las Naciones y las vi convertirse en macrotransnacionalidades. Viví el fraude electoral de las Big Data del 69, las catástrofes climáticas del 75 y el racionamiento de recursos básicos al año siguiente. Cinco apagones mundiales y tres pandemias viví. Tú solo eres una mocosa que no sabe nada del mundo de ahí fuera.*

Pero, por mucho que mamá diga, si tuviese algún amigo le explicaría que la mujer continúa estando equivocada. Que él sí sabe algo de la vida. No mucho, porque al fin y al cabo tiene doce años, pero al menos sabe quién es él. Y no es Anastasia. *Cierra el pico, es solo un puto nombre y es el tuyo, punto.* Le pesan las palabras de mamá, pero cuanto más se las repite, con el paso de los días, de los meses e incluso de los años, más ligeras se vuelven. Al principio eran como anclas en los pies, hace mucho tiempo, cuando no entendía nada y pensaba que mamá lo quería. Que tenía que quererlo. Eso es lo que hacen las madres con los hijos, ¿no? Ponerles nombre, pero también quererlos. Aún duda a veces, sobre todo cuando está triste. Piensa que mamá tiene razón y que él no sabe nada. Se aferra a eso para, en contra de lo que dice esa vocecilla interior suya, intentar creer con todas sus fuerzas que sí le importa a mamá, que lo ama, aunque solo sea un poco. Sin embargo, sabe que en el mundo de mamá no hay sitio para nada más que para ella misma y para la rabia que la consume. Él también siente esa rabia a veces, sobre todo cuando se enfada. Cuando le pasa, tiene ganas de romper el sofá, la holoTV, las ventanas. De arrancarse el pelo. De gritarle al espejo. De pegarle. A su

reflejo, aunque sobre todo a mamá. Sin embargo, no hace nada, porque sabe que ella se enfadaría si estropease algo del piso, si molestase a los vecinos, si lo viese sin esa melena negra por los hombros que no le deja cortarse. *Tu imagen es tu carta de presentación, no lo olvides. Así funciona el mundo.* Y vuelve a acariciarse el vientre. Mamá solo se pone guapa cuando sale de casa para ir al hospital y para firmar un nuevo contrato, pero quiere que él esté guapa siempre. Que se vaya acostumbrando. Así que se deja peinar todas las noches, porque en el fondo él no quiere ser guapa, pero ver a mamá pasarle el cepillo por el pelo con esa dedicación alimenta un poco más la fantasía de que, quizás, tal vez, lo quiera un poco.

A veces cree que él es como mamá, sentado en el sofá de la vida que le tocó vivir sin hacer nada por cambiarla. Luego la voz de su cabeza le recuerda que un nombre no es solo un puto nombre, ni su mundo puede reducirse a esas cuatro paredes, y que nunca, jamás, será como mamá. Nunca.

Pero no le cuenta nada de todo esto a nadie porque no tiene amigos. No se le dan bien. En la escuela prefiere andar a lo suyo, pues mamá no le deja ir a las extraescolares. Eso hace que el resto de los chicos y chicas de su clase pasen juntos desde las siete de la mañana hasta las nueve o diez de la noche, que es lo que duran las jornadas laborales de sus padres y madres. Él está fuera de ese grupo. Él, al mediodía, se va a casa y mamá ya solo le deja salir si es para mandarlo a la compra o a tirar la basura en los contenedores triturables del Consorcio de Reciclaje, aunque los de esa zona de la ciudad ya no tri-

turan nada porque llevan años estropeados. Tampoco les funcionan las cintas subterráneas para trasladar los residuos a la planta, pero a nadie parece importarles. Las autoridades solo habían venido a arreglarlos un año, era él pequeño, cuando una persona se había caído dentro buscando algo que comer y eso había provocado un atasco en la red general. Lo habían limpiado todo, creía recordar, y habían dicho que volverían a ponerlos en funcionamiento, cosa que nunca había ocurrido. También habían anclado unos rebordes de acero en el agujero, haciéndolo más pequeño para que ninguna persona volviera a meterse dentro. Habían dicho «meterse» y no «caerse», eso él sí lo recuerda. Durante meses había tenido pesadillas en las que se veía a sí mismo entrar por ese agujero, como si fuese un túnel oscuro, a pesar del tamaño mínimo del hueco, pues mamá siempre afirmaba que él no daba la talla. Pero en el sueño la mujer no le decía eso, de su boca solo salía una palabra: «Métete». Y él lo hacía. Y antes de llegar a los dientes trituradores del final, caía y caía y caía durante lo que parecía una eternidad, y solía despertarse de una sacudida, bañado en sudor, justo cuando veía al fondo aquel brillo blanco de colmillos demasiado parecidos a los de mamá.

Los maestros le dicen que tiene mucha suerte, que su madre puede pasar tiempo con él porque no trabaja tanto como los otros padres, pero mamá dice que los profesores son todos una panda (otra) de imbéciles indocumentados sin idea de cómo funcionan las cosas porque ella está currando a todas horas, nunca descansa, y que, si no fuese porque tendría una inspección en la puerta de casa si lo

quitase de ese tugurio de mala muerte que llaman colegio, ya lo habría sacado hace mucho tiempo. Porque el colegio no sirve para nada hoy en día, tal y como va el mundo. *Pasas veinte años de tu vida estudiando para acabar prácticamente igual: si eras pobre, ahora lo eres un poco más por culpa de los préstamos estudiantiles, y si eras rico, acabas aún más rico.* Una vez, para enseñarle bien cómo funcionaban las cosas ahí fuera, le contó que ella incluso había llegado a ir a la Universidad. Que había tenido que vender un riñón para pagarla. Le había enseñado la cicatriz. No la recuerda bien porque ha perdido la cuenta de las veces que le han rajado la piel a mamá, pero sí se acuerda de su pregunta: ¿para qué? *Todo ha de tener siempre una utilidad, no lo olvides,* le repetía ella. Para acabar interna en la casa de un alto cargo de no sé qué empresa, limpiando la mierda de él y de su familia, le había contado. Pobre, con un riñón menos y llena de mierda hasta arriba. Ahora sigue siendo pobre, pero la porquería que lleva encima es suya y solo suya. Lo repite también una y otra vez. *Por lo menos la mierda es nuestra, Anastasia.*

Tampoco es que él quiera quedarse con sus compañeros cuando terminan las clases, la verdad. Le llaman *Hija de la Clueca* y se ríen de él. Alguna vez también le escupieron y le tiraron piedras, pero eso solo fue en dos ocasiones. O tres. Cuatro como mucho. Él lo único que quiere es no estar en la escuela, no estar en casa. Que lo dejen en paz. Del piso 54F solo puede escapar cuando mamá duerme la siesta después de comer, algo que no ocurre a diario porque la barriga, dependiendo de la época en la que esté, le molesta.

Hoy, por ejemplo, sí que ha conseguido dormirse. A veces hace trampa, como ella dice, ya que por contrato no puede, y se toma alguna pastilla machacada con la infusión de después de las comidas, la que le va bien para la retención de líquidos. Él no sabe para qué es el diminuto disco blanco que acaba en el fondo del vaso como si fuese azúcar, aunque puede imaginarlo. Los suaves ronquidos de mamá llegan hasta donde está, al pie de la ventana mirando el descampado de detrás de los Edificios de Vulnerabilidad Especial que llevan por nombre el abecedario. Tampoco en eso tuvieron suerte, pues mamá dice que los mejores materiales se quedaron en las primeras letras, mientras que ellos viven en la equis. Desvía la vista hacia el sofá y sonrío. Los ronquidos no tardarán en ser tan ruidosos que no tendrá ni que esforzarse en avanzar con sigilo hasta la puerta.

En menos de cinco minutos está abajo, en su lugar más-favorito del mundo. Se sienta en el neumático de siempre e inspira profundamente. Metal y algo más. Eso significa que el viento viene del sur, de la fábrica de biohidrometalurgia, donde se reciclan los residuos electrónicos. Cierra los ojos e intenta disfrutar al máximo de ese momento, ya que mamá no suele dormir más de una hora seguida. Se ha metido la caja de pastillas en el bolsillo del pantalón junto con un par de monedas. Si cuando vuelva ya se ha despertado, le dirá que fue a la farmacia a por más, que las tiene casi terminadas. No es la primera vez que lo hace. Lo de ser el chico de los recados y lo de engañarla con las pastillas. Claro que se le acaban rápido. Coge el blíster y saca una de su lugar para esconderla en el otro bolsillo.

Después del pequeño robo, se lo guarda todo y mueve la mano por el suelo, alrededor del neumático, contando las piedritas que lleva años acumulando a la izquierda. Son diez, casi la edad que él tiene. Luego, palpa el contorno en busca del palo con el que suele hacer dibujos en la tierra y entonces se da cuenta: el suelo no está liso y compacto como de costumbre. De hecho, a su derecha la mano toca vacío donde debería haber tierra. Mira y descubre un agujero, pequeño pero profundo. Se fija más y ve las huellas. Los perros. Otra vez los malditos perros abandonados del barrio. Al menos esta vez no se han cagado en el neumático. Está a punto de levantarse para tappar aquello cuando ve algo en el fondo. Estira la mano e intenta cogerlo. Tira, pero no sabe cuánta tierra hay sobre ese extraño objeto. Tira más, y más, con todas sus fuerzas, y después de que medio agujero se desplome sobre su mano consigue sacar aquello, no sin dificultad.

Una muñeca.

La observa con curiosidad. Nunca ha tenido una. Los niños y niñas de su edad juegan con holoconsolas de realidad virtual de segunda o tercera mano, los que pueden permitirse los aparatos, que en su escuela no son muchos. Hay otros colegios a los que van los hijos de los ricos, supone que allí todo el mundo tiene una y nueva, pero lo que él hace para divertirse es ver la tele con mamá y jugar con lo que hay en el aula cuando los demás se lo permiten. Pero ahí la tiene: una muñeca. Hace mucho tiempo ya que este tipo de juguetes dejaron de venderse, tal y como les explicó la maestra, porque el uso desproporcionado de plásticos no era viable para el planeta. No obs-

tante, las conoce por las imágenes de su libro electrónico de Ciencias de la Humanidad. Intenta quitarle la tierra que la cubre. El cabello sigue siendo marrón, pero debió de ser rubio en algún momento. Luce la piel a parches, pues no consigue quitarle toda la suciedad. Unos de color parduzco, otros negros como el caucho. El resto, rosados. Ese debía de ser su color original. La mira y siente una inmediata simpatía hacia ella. No le importa su desaliñado aspecto. Que tenga nudos en el cabello imposibles de desenredar. Tampoco que le falte una pierna y medio brazo. Nada de eso le molesta. Piensa que la fealdad no duele, en contra de lo que cree mamá, que no deja de repetir en los últimos tiempos que *su Anastasia es muy guapa, vamos a sacar buen provecho*. Eso lastima mucho más.

Acaricia la barriga de la muñeca, que está desnuda. A ella nunca podrán ponerle nada ahí dentro que crezca en contra de su voluntad. Le pregunta cómo se llama, pero no responde. Solo lo mira con esos ojos grandes medio borrados que fueron de un color del que ya no queda rastro alguno. Sin embargo, sabe que lo escucha y eso le basta. Le dice que no se preocupe, que él no le va a elegir el nombre, que él no es como mamá. Le declara su amor: será la amiga que nunca ha tenido. Siente que sus destinos están unidos por haberla encontrado en ese rincón al que lleva años yendo, el descampado donde debería de ir el bloque Z y que nunca se llegó a hacer por falta de fondos. El olor, ese olor que le recuerda que está en el único lugar del mundo en el que puede estar tranquilo, es el mismo que mantiene al resto de personas alejadas, junto con el alambrado perimetral con el pequeño agujero por

el que solo puede pasar alguien de su tamaño. La muñeca estaba para él. Y, aun así, ha tardado en encontrarla. Han tardado en encontrarse, se corrige. Piensa en por qué justo en ese momento, cuando mamá lleva ya un tiempo quejándose por la subida del alquiler social. ¿Cuánto puede costar un zulo con una sola habitación, un baño y un salón-cocina-comedor con un sofá desgastado donde él duerme? No tiene ni idea porque no sabe nada de la vida, pero sí sabe qué vida es la que no quiere. El alquiler sube, y también la comida, y la ropa, y la luz, y el gas, y el agua. *Necesitamos el dinero.* Mamá pronuncia las palabras con más urgencia de lo habitual. Ayer se dio cuenta de que le miraba el cuerpo con demasiada insistencia. Por la noche, al peinarlo, le palpó las caderas. *Tenemos suerte, Anastasia, de ser mujeres. Mucha. En estos tiempos que corren, trabajo asegurado.*

Le cuenta a la muñeca que allí, en ese pequeño rincón que ojalá fuese todo su mundo, alimenta de vez en cuando el hormiguero de la esquina con los restos de las manzanas, cuando las tiene, porque la necesidad también llega al reino animal. Que las admira y envidia porque ellas no tienen la necesidad de estar solas para sentirse seguras: el grupo es la seguridad. Que espera que lo consideren un amigo. Que escogió el neumático donde está sentado porque era el más cómodo, que se pasó días probando todos los que había por allí. Que por eso le valió la pena cargarlo desde el otro lado del descampado, a pesar de que había otros más cerca. Que escogió ese lugar, bajo un árbol medio seco, porque las ramas aún ofrecen algo de refugio, aunque no mucho. Es el único árbol a kiló-

metros. Le gusta que resista, a pesar de que el año pasado solo brotaron hojas en una parte muy pequeña del ramaje y cada vez van a menos. Le cuenta que las piedras que ve a la izquierda del neumático son una por cada bebé que le han sacado a mamá de la barriga. Que él también estuvo en esa barriga. Que mamá le dijo un día en el que estaba muy enfadada, ya no recuerda por qué, que él había sido una puta devolución sin tique de compra. Le explica de dónde ha sacado todas y cada una de las pegatinas que adornan su neumático. La de la visita a la fábrica de robots, la del museo de tecnohistoria, una que venía con la comida precocinada del súper. Otra en la que pone I LOVE YOU, aunque él no tiene ni idea del amor tampoco. Supone que en esta vida no se puede elegir a quién se quiere, como tampoco a quién no. A veces le parece una tontería, porque él acaba de conocer a su nueva amiga y ya la ama con locura. Tendrá que buscarle ropa, no puede ir desnuda por la vida. A ver cómo se las arregla. Con algún trapo viejo que encuentre por casa y recordando aquella sesión de costura artesanal que hicieron hace años en la asignatura de Actividades Manuales. No se le daban mal el hilo y la aguja. Seguro que puede robarlos de la escuela, solo los sacan del cajón una vez al año. Con la mano izquierda agarra la muñeca por la cintura y con la derecha acaricia todos y cada uno de los adhesivos del neumático. Le gustan las pegatinas, pues a pesar de los avances tecnológicos de los últimos años todavía existen. Resisten.

Vuelve a mirar a las hormigas, cómo entran y salen del montículo de tierra donde viven, silenciosas, rápidas,

eficientes. Como las personas que ve por la holoTV, cuando se juntan muchas y provocan disturbios, dicen las autoridades. Buscan comida. Las hormigas también. Se da cuenta de que un grupo de ellas cargan una mosca muerta, gorda, verde según le dé la luz. No siente pena por ella, pues mamá siempre le dice que la vida consiste en ser fuerte todo el tiempo. La mosca no lo ha sido y ahí están las consecuencias. ¿Qué? Mira la muñeca. ¿Ha dicho algo? No lo tiene claro. Pero entonces cae: las hormigas no son sus amigas. Ya tienen un grupo, como los niños y niñas del colegio; ya *son* un grupo, uno en el que él no puede entrar porque no habita el cuerpo correcto. Por mucho que alimentase la fantasía llevándoles sobras de vez en cuando, no es como ellas. Lo engañaron aceptando su generosidad. Creyó que formaba parte de algo, pero ahora que está allí la muñeca sabe que *ahora sí* va a tener, si no un grupo, una compañera. Una es mejor que nada. La mosca fue débil, pero las hormigas también lo son. Él no. Él ha sobrevivido solo, ahora le toca tener compañía. Ellas, como los del colegio, no sabrían seguir adelante en soledad. Y ya es hora de que aprendan. Se levanta del neumático y se acerca a las docenas de bichos que cargan el cadáver que las alimentará durante días. Sin pensar, sin pestañear, las aplasta con el pie derecho, con fuerza, mientras sigue con la muñeca en la mano. Cuanto más aprieta la suela contra el suelo, más aprieta también a su nueva amiga, pero ella no dice nada. Solo cuando imagina los animales todos muertos debajo de sus pies y del terreno que se les vino encima vuelve a sentarse en el neumático, con una sensación en

el estómago que podría definir como paz si supiese lo que es eso.

Allí continúa contándole cosas a su nueva amiga, porque por primera vez en su vida alguien lo escucha. Le habla de aquel viejo cubo del fondo. Le dice que empezó a usarlo hace solo dos meses. Que se cambia las compresas y los tampones sin que mamá se dé cuenta y los lleva allí en secreto, pero que no sabe cuánto tiempo aguantará esa situación. Su madre no es tonta. Por eso también le confiesa que, sacando de una en una las pastillas de los blísteres que mamá guarda por casa, ya tiene una colección de dos docenas escondidas en un lugar a buen recaudo. Que él no sabe nada de la vida, pero que está en proceso de aprendizaje. Por si acaso.